

El leñador

Colección Rayos globulares

(11)

R

Este libro fue publicado con el apoyo de:

INSTYTUT KSIĄŻKI



©POLAND

Primera edición: noviembre de 2013

Título original: *Drwal*

© by Michał Witkowski, 2011

© de la traducción del polaco, Francisco Javier Villaverde González

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2013

Diseño editorial: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Jorge Freire

Publicado por Rayo Verde Editorial S.L.

Sepúlveda 154, 6º 3ª

08011 Barcelona

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Bookprint

Depósito legal: B-16124-2013

ISBN: 978-84-15539-34-6

BIC: FA, FF, 5SG

Impreso en España - Printed in Spain

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

El leñador

Michał Witkowski

Traducción de Francisco Javier Villaverde González

Rayo verde
editorial

1

Domingo, 21 de noviembre de 2010

En el autobús de la empresa PKS sonaba *One way ticket*, como si me auguraran un viaje sin regreso. Antes, por la mañana, me había encontrado con obras en las vías. Por eso el tren había tardado nueve horas en llegar de Varsovia a Szczecin-Dąbie. Fui todo el tiempo en el vagón-restaurante, bebiendo café y escuchando las confidencias de un estudiante de educación física al que conocí casualmente y que decía estar estudiando para un examen de fisiología muscular. Pero no estaba estudiando.

Antes de Szamotuły el tren permaneció detenido en medio del campo durante un buen rato. Miles de pájaros negros cruzaron majestuosamente el cielo color gris metálico. ¿Cuervos? ¿Grajos? ¿Cornejas? Pasaron en completo silencio del otro lado de la ventana cerrada, que estaba llena de manchas. Pero yo sabía que fuera sus graznidos sí eran audibles y que allá arriba se podía oír incluso el rápido, violento aleteo de aquellas aves negras, la vibración del aire al ser hendido. ¿Adónde se dirigirían, si las cornejas no emigran en invierno? Se movían en la misma dirección que el tren, hacia el norte. Las cornejas son tercas. Está claro que habían decidido volar a países más fríos en señal de protesta. Me vino a la mente la

imagen de Laponia abarrotada de cornejas. De mi mp3, descargado casi por completo, salía cada vez más baja la música de Preisner para la película *Blanco*. ¡Una pasada, el fondo musical ideal para esas cornejas volando en silencio! O grajos. O lo que fueran, yo qué sé, cosas negras.

El estudiante ya no me servía para nada: había sacado un boli y se había sumergido en el abstracto y cristalino mundo de los sudokus. Después se bajó de repente en Wronki. ¡Toma ya! Un examen de músculos en Wronki. Un examen en la cárcel, porque era lo único con lo que yo asociaba Wronki. Como de costumbre intenté ver el edificio y como de costumbre no hubo manera de divisarlo. Me da que nunca voy a tener otra imagen suya que no sea la que yo me he construido en la imaginación, aunque casi mejor, porque ya ningún edificio real sería capaz de igualar el que yo he imaginado. A menudo los presos, por aburrimiento o para estar ocupados, ejercitan durante años sus músculos, hacen flexiones. Debí de quedarme dormido, porque mi imaginación se llenó de presos musculosos con uniformes a rayas y estudiantes examinándose de músculos y señalando con punteros los tríceps en los brazos tensos de los reclusos.

Pasadas las tres oscureció de repente, como si hubiéramos entrado en un túnel interminable. Como me aburría, me puse a releer y a borrar mensajes de texto antiguos, una tarea tan estúpida que al cabo de un rato te provoca náuseas. Los que ya no me son necesarios, acerca de asuntos varsovianos, sesiones fotográficas, entrevistas; los de la pasta que me deben; unos cuantos de la dueña del piso, Mariola Hiszpan, por lo del pago del alquiler; varias contraseñas del banco, porque pagué lo de la Seguridad Social con una transferencia. Borrar, borrar, ¡borrar todo! Ya estaba harto de tener una conexión permanente a internet, de traficar con mi cuerpo en Facebook, de leer chismes de mierda, de quejarme, de estar siempre en las nubes, de recorrer los centros comerciales de Varsovia.... Había demasiado ruido. Ahora estaba borrando todo aquello.

Le mandé un SMS a RobertMisdroy: «Esto va para rato. Llegaré sobre las once de la noche, enciende un farol a la puerta. ¡Nos vemos!». Por supuesto, el leñador no contestó. O no tenía cobertura, o no le apetecía, o a lo mejor llevaba una semana sin encender el móvil porque se había «encerrado en sí mismo».

Ya no había quien mirara por la ventana. Llegó volando el fantasma de la estación de Krzyż, se oyó un aullido como el de un lobo en el campo y desapareció. Centellearon unas luces. Aulló otro tren. El viaje se estaba haciendo demasiado largo, ya debería haber terminado, su tiempo había expirado, en realidad ya se había acabado. Y sin embargo continuaba. Un tren fantasma. Vacío. Aparte de mí, en segunda clase sólo había una señora, que se había tirado horas leyendo revistas para mujeres.

Me metí en el lavabo con el portátil en la bolsa, frente al espejo miré a mi aburrimiento directamente a sus ojos enrojecidos. Viéndome, llegué a la conclusión de que no resultaba tan estúpida mi costumbre de llevar un peine en el bolsillo trasero del pantalón, aunque se rieran de ello. Alguien sacudió la manilla.

Lo siento, ocupado.

Y otra vez. Pensé que ya había desistido y, de repente, cinco veces seguidas. Con ímpetu. Forcejeando. Sería la de las revistas, ¿quién si no? Otra vez.

—¡Joder, tía, que estoy meando! —grité. Ahora me quedo aquí un rato.

Al final salí. Era un viejo. No me sonaba de nada. Sujetaba un bidón de ciclista en el que había un líquido amarillo como el pis. Le lancé una mirada de desprecio.

Pegué debajo de la mesita otro chicle de nicotina más. Me limpié las uñas con un palillo. Me bebí la leche para el café. Doblé la cucharilla de plástico hasta partirla. Cuando acabé de destrozar todo lo que había sobre la mesita, me puse a ver

qué me anunciaban en el interior de los (indestructibles) tapones de los zumos Tarczyn. En todos ponía más o menos lo mismo. *One way ticket*. Las curiosidades que salían en los tapones empezaban a conformar el mundo que me rodeaba, ¿sabías que el fémur humano es más resistente que el hormigón? Si los nazis lo hubieran sabido, igual habrían construido bloques de casas con fémures, quién sabe.

De vez en cuando anotaba algo en la libreta. Por ejemplo, sobre los graffitis de los muros iluminados de las estaciones. Pude observar cómo pasábamos de la zona de influencias de un equipo de fútbol a la de otro y cómo al final aparecían pintadas que exaltaban al Pogoń Szczecin y mandaban al infierno a los que poco atrás eran exaltados. El Pogoń ya iba a ser el amo hasta llegar al mar. Cruzamos Stargard Szczeciński, la Pomerania más pobre. El mp3 aguantó con bravura hasta el final con la última rayita de batería que tenía. Al móvil aún le quedaban dos. Necesito grabarme algo nuevo porque lo que llevo me lo conozco ya de memoria. Pero ¿de dónde saco algo nuevo? Mi desarrollo musical se ha estancado, he dejado de absorber novedades y las viejas canciones ya las tengo más que oídas.

Me entraron unas ganas terribles de fumarme un pitillo, pero lo estaba dejando y lo que debía hacer era mascar chicles de nicotina. Esos al menos no provocan cáncer.

Me bajé en el distrito de Dąbie. Un nudo ferroviario. El interior de la estación, iluminado sólo por unos neones quemados, servía de albergue nocturno para borrachos sin casa. Dos quioscos cerrados con los escaparates llenos de morralla de colores. Y de paquetes de tabaco. Los paquetes de tabaco son cada vez más feos, les ponen unos letreros cada vez más grandes con eso de *fumar mata*, los devoran como un cáncer que fuera avanzando. En la barra del bar, detrás de un cristal, había dos pollos grises y algo de «comida fácil»: chokolatinas, galletas, patatas fritas y una ensaladilla rusa que batía récords en el mercado de valores del índice glucémico. Yo, como siempre, llevaba mi propia comida en una fiambrera de plástico: una manzana, una zanahoria, lechuga y agua mineral.

No había más clientes aparte de mí. Pedí un café, que me dieron en un vaso de cartón que me quemaba la mano, y salí de la estación para toparme de bruces con el monótono toque de las campanas. El frío intenso enseguida me estrujó por todos lados. El frío, y dentro del frío, las campanas. El vaho se me escapaba de la boca como si me fumara un cigarro invisible. Pero estaba intentando dejar de fumar. Ya no quería ni fumar, ni beber, ni drogarme, ni comer mucho, ni practicar sexo, ni nada. Sólo percibir y anotar. El mayor tiempo posible. O incluso sin anotar. Agarré el pendrive que llevaba al cuello bajo el jersey como talismán, colgado de un cordón de cuero. En el mismo cordón llevaba además ensartada una pierna de una vieja muñeca Barbie con la que jugaba cuando era pequeño. Un *vintage* muy *heavy*. Saldrá bien. Aprenderé a escribir otra vez, desde cero.

Tuve que recorrer un buen trecho hasta la parada de autobús. Las campanas tocaban. Lógico, domingo en un pueblucho polaco, qué esperabas. Estaba oscuro, había niebla. O humo. Difícil saberlo. El otoño tardío se estaba quemando, eso es lo que pasaba. Humo, coque, carbonilla y mucho frío. Como si alguien hubiera encendido una hoguera con neumáticos y muebles viejos, bancos del parque, espuma de colchón, desodorantes gastados, toda la basura esa de los gitanos. Como si de ahí saliera monóxido de carbono. Como si las campanas tocaran a fuego. A mi lado esperaban unas cuantas lugareñas intoxicadas y un tío intoxicado, mientras aquellas campanas nos rodeaban por completo. El tío fumaba. Cuando el frío es intenso las cosas huelen de manera diferente. Todas esas estufas, la leche quemada: coleccionaba olores imprecisos. Los coleccionaba «por la nariz». Al final un autobús viejo salió de entre el humo. Cuando me acerqué al conductor y pronuncié la veraniega palabra «Międzydroje», guiñó los ojos irónicamente y murmuró entre dientes «Międzydroje», como si quisiera asegurarse de que todavía quedaba alguien que deseara viajar allí. A Międzydroje, ¿verdad, colega?, vale, tú mismo, pero yo no me hago responsable, allá tú, espero que tengas comida para una semana y una linterna. Después cerró las puertas y puso la radio, en la emisora Radio Éxitos Dorados, donde justamente estaba sonando *One way ticket*. Arrancó. Me pegué a la ventana. Con mi guante negro de dedos recortados abrí un hueco en el cristal empañado y miré fuera. Pasamos junto a un taller de zapatería. Las campanas ya estaban dentro de mí y seguían tocando.

Los lugareños que volvían a sus pueblos al terminar la jornada de trabajo en Szczecin se acercaban al conductor y le pedían que parara junto a sus casas; en algunos casos incluso daba un rodeo para dejarlos a la puerta. Dos tías que iban comiendo pipas y tiraban las cáscaras por todos lados, hablaban de lo cansadas que estaban. Una se había levantado a las cinco de la mañana. Igual que yo. Vivían en unos chalés nuevos, idénticos unos a otros. Modernas mansiones polacas con vidriera en la puerta, una diosa de yeso en el jardín, columnitas y tejado inclinado. Las células fotoeléctricas de las entradas para coches iluminaban la oscuridad. Hasta mañana —hasta mañana.

Aquel paraje era realmente hermoso. Bosques de coníferas, a una hora en coche del mar, rodeado de lagos. A la izquierda, filas de molinos generadores de electricidad giraban perezosamente sus aspas blancas. Los molinos esos llegan ya hasta el mismo Berlín. Todavía subieron algunos más al autobús, le decían al conductor el nombre del pueblo vecino al que iban, pagaban con la suma exacta, ridículamente baja. Pero en cuanto cruzamos el moderno puente amarillo y entramos en la isla de Wolin, me quedé solo. El intenso olor de las tapicerías, la intensa música americana. La red se va quedando sin cobertura. Noviembre.

Todos los días es la festividad de los fieles difuntos.

Al cabo de una hora empezaron a hacerse algo visibles entre el humo unas construcciones pseudourbanas, un paisaje devastado por letreros y rótulos anunciando alojamientos, pescado a la parrilla, salchichas, helados, habitaciones libres, campamentos, ámbar, todo en alemán, al gusto alemán... Międzyzdroje

no es una ciudad, pero tampoco es un pueblo, así que aquello eran los suburbios de un lugar que, en realidad, él mismo no sabe ni lo que es. También yo indiqué dónde quería que me dejaran: junto al hotel Wolin. El conductor seguía sonriendo irónico cuando me preguntó si estaba seguro. Me bajé y el autobús se marchó. Me quedé solo. Todo estaba a oscuras, hacía frío, el viento me golpeaba y me hacía encogerme. Caminé por el borde de una carretera sin iluminación. A la izquierda había parcelas, a la derecha niebla, aunque sabía que de ese lado había campos, eriales, charcos, en medio de los cuales se erigían de cualquier manera chalets y pensiones, sin orden ni concierto.

La maleta con ruedas se metía cada dos por tres en algún charco a medio congelar. La capa de hielo se rajaba y mis zapatos aterrizaban en el agua. Me asaltó un sentimiento de felicidad salvaje. ¡Lo conseguí! ¡He logrado evadirme! ¡Aquí nadie dará conmigo! Y lo he hecho en la época del año menos propicia para evadirse, cuando más difícil es abandonarlo todo. Pero aquí estoy, evadido, Varsovia no podrá seguirme hasta este lugar. Comprobé si el móvil tenía cobertura. ¡Ni la más mínima!

En la calle de Gryf Pomorski un grupo de chandaleros sin trabajo te dejaba alucinado con su penoso erotismo. Igual de eficaz que una canción del verano en medio de un frío gélido. Acompañada de cerveza de barril aguada. Entre el humo de parrillas que se están apagando.

Saqué de la cartera un plano que había dibujado en verano. Lo alumbré con el móvil. Ir hasta la última calle de bajada al mar, pasarla, pasar el puerto y luego por la derecha, junto a unos edificios de apartamentos nuevos, meterse en el bosque que cubre Kawcza Góra. Yo de pequeño la llamaba «Kacza Góra»*.

* «Kawcza Góra» significa «Monte de las Grajillas»; «Kacza Góra», «Monte de los Patos». (Todas las notas incluidas en el libro son del traductor, salvo donde se indique lo contrario.)

Si no eres un veterano en el tema de trabar relación con tíos de casitas, no tienes nada que hacer aquí: en un pueblo turístico en el que después del verano ya no vive nadie, donde las farolas no lucen, y tú, inexperto, no te has traído una linterna. Menos mal que yo no soy tú. Caminaba por una carretera sin arcén, si hubiera venido un coche, habría surgido de la niebla y se habría echado encima de mí. Me colgué del cuello una linterna intermitente, porque me había preparado como si me fuera al Everest, y entré sin miedo—como persona experimentada y que en definitiva ya podía sacar algún provecho de los quebrantos derivados de relacionarse con pirados— en ese bosque oscuro y frío, húmedo, cojonudo. Miré los árboles sin hojas y los arbustos mojados, la linterna extraía colores de la oscuridad, todos negros y grises. Lo único que blanqueaba los arbustos eran esas bolitas que tanto me gustaba hacer explotar de pequeño. Se las pisoteaba y estallaban. En verano abundaban aquí los jabalís, pero ahora el paisaje parecía muerto. Iba armado hasta los dientes con un paralizador y una pistola de gas. Con un paralizador algo descargado y una pistola más bien poco cargada, juguetes que me acababa de prestar un fan mío, el Víbora, de la brigada antiterrorista. Lo más que podía hacer con ellos era arrearle a alguien en la cabeza. Pero contra los espíritus sí que no tenía nada. Nunca he creído en Dios. Legalmente pertenezco a la parroquia de la Sagrada Familia de Wrocław, porque, en contra de mi voluntad —voluntad que ya dejé bien clara en aquel momento, llorando con ganas y desparramando el agua bendita—, fui bautizado y ahora engordo la estadística de católicos en Polonia. Pero si en algo todavía creo es en los espíritus. Y precisamente a los lados del camino había refugios de la época de la segunda guerra mundial, cubiertos de arbustos y llenos de agua y de espíritus de la guerra. Aunque también de otros más recientes. Porque, como me contó el señor Zbyszek, el masajista, después de la guerra los chavalines iban por allí a jugar a indios y vaqueros y algunos

pisaron minas. El agua activaba el ectoplasma. Empezaba a oler a ozono. Resultaba poco agradable.

Caminaba por el monte siguiendo la línea del mar y el bosque susurraba. Por allí se suponía que debía haber una especie de radar sobre las dunas, pero el plano lo había dibujado en verano, con un sol radiante. Cuando se visita por primera vez a un hombre con casita, extraviarse entra dentro de la norma. Robert podría haber ido a recogerme, claro, pero es que los tíos de casitas, los más auténticos de ellos, caen en cierto tipo de trance llamado *ermitañamiento*, una especie de letargo invernal. Y quedarse mirando el fuego mientras se escucha el mugido de la gran vaca antiniebla que llega desde el lejano puerto, *muuuuu, muuuuu, muuuuu*, no es precisamente lo que más ayuda a espabilarse.

En caso de no llegar a encontrar la casita, sólo llevaba conmigo un termo de café, unas galletas de jengibre, una fiambrera con fruta y un paraguas. Seguí caminando y el bosque se acabó. A la izquierda, dunas; a la derecha, campos y más campos, rastrojeras, arena, un pino por aquí, un tronco por allá, un paisaje indefinido y patatero. Después empezó otra vez el bosque de coníferas, en el que se introducía una senda apenas visible. Penetré en la oscuridad. Ahora tenía que caminar otros veinte minutos por ese bosque.

La maleta con ruedas, toda embarrada, saltaba por encima de los troncos y rompía el fino hielo de la superficie de los charcos. Finalmente divisé una luz. En el horizonte emergió una maravillosa casita, un rincón encantador. Roberto, en su ermitañamiento, se había limitado a abrir el portón de par en par y a encender la lámpara del porche, para que yo pudiera ver desde lejos por dónde tenía que ir. Llevaba mis cuadernos, mi *music* y mi café. ¡Me quería poner enseguida a escribir esta novela policiaca!

Se trataba de una antigua casa de guardabosques. Desde el primer piso debía de verse el mar y la playa salvaje, por los

demás lados estaba rodeada de un bosque de pinos enanos que en verano olían intensamente cuando apretaba el calor. La casa se hallaba en medio de un claro, que hacía las veces de jardín. Los cables de la electricidad los habían tendido de cualquier manera desde el poste. Salía humo por la chimenea y en el piso de abajo una luz vacilante se filtraba a través de las contraventanas cerradas. Crucé el portón, lo cerré y eché el cerrojo. Chirrió.